

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

DAVID STRAIN


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

BENDICIONES DE LA FE

Serie

Jason Helopoulos

Editor de la serie

La adoración reformada, por Jonty Rhodes

El bautismo pactual, por Jason Helopoulos

La oración persistente, por Guy M. Richard

La predicación expositiva, por David Strain

La teología reformada, por Jonathan Master

© 2024 por P&R Publishing

Traducido del libro *Expository Preaching* © 2021 por David Strain, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo del publicador P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

Las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las letras cursivas dentro de las citas bíblicas son para añadir énfasis.

Traducción: Elizabeth Cantú Saldaña

Revisión: Juan Carlos Martínez Pinto

Maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves

Impreso en los Estados Unidos de América

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Strain, David, author. | Cantú Saldaña, Elizabeth, translator.

Title: La predicación expositiva / David Strain ; traducción, Elizabeth Cantú Saldaña.

Other titles: Expository preaching. Spanish

Description: Phillipsburg, New Jersey : P&R Publishing, [2024] | Series: Bendiciones de la fe | Translation of: Expository preaching. | Includes bibliographical references. | Summary: "Informativo, alentador y práctico, este breve libro sirve como una útil introducción a la predicación expositiva y su lugar en la vida de un cristiano y la adoración de la Iglesia"-- Provided by publisher.

Identifiers: LCCN 2024004201 | ISBN 9798887790695 (paperback) | ISBN 9798887790701 (epub)

Subjects: LCSH: Expository preaching. | Presbyterian Church--Doctrines.

Classification: LCC BV4211.3 .S7718 2024 | DDC 251--dc23/eng/20240213

Para mi esposa Sheena, que nunca ha dejado de animarme, aun cuando ella ha estado abrumada por grandes pruebas a lo largo de su vida

CONTENIDO

Prólogo por Kevin DeYoung	9
Introducción: ¿Qué le dirías a Esteban y a Raquel?	13
1. ¿Qué es la Biblia?	19
2. ¿Por qué la predicación expositiva?	45
3. La predicación expositiva y el ministerio de la iglesia	71
4. Cómo sacar el mayor provecho de la predicación expositiva	99
Preguntas y respuestas acerca de la predicación	115
Recursos recomendados	149
Notas	151

PRÓLOGO

Se ha dicho a menudo —a veces con sentido de humor y a veces en tono molesto— que a las iglesias presbiterianas y reformadas les encanta hacer todo «decentemente y con orden». Puedo entender tanto el humor como la frustración que subyacen a este sentimiento. Nos encantan nuestros planes, nuestras actas de reunión, nuestras cortes y nuestros comités. Los presbiterianos y los reformados han llegado a nombrar comités solo para supervisar otros comités (lo que me recuerda al viejo titular del periódico satírico *The Onion* que anunció: «Se abre nuevo Starbucks en el baño de un Starbucks»). Nos encanta hacer las cosas con tanta decencia que esperamos que los oficiales de nuestras iglesias conozcan tres cosas: la Biblia, nuestras confesiones y un libro que contenga en su título la palabra «orden».

Sin embargo, antes de que sacudamos la cabeza en incredulidad ante aquellos sujetos ultra reformados (médico, cúrate a ti mismo), debemos recordar que antes de que la frase «decentemente y con orden» fuera una

preferencia presbiteriana, fue un mandamiento bíblico (ver 1 Co 14:40). La instrucción de Pablo a la iglesia de que debe distinguirse por compostura, decoro y de que debe tener un comportamiento ordenado similar al de filas de soldados, es una conclusión adecuada para una porción de las Escrituras que trata con la confusión de género, la confusión en la mesa del Señor, la confusión respecto a los dones espirituales, la confusión en el cuerpo de Cristo y la confusión en el culto público. La frase «decentemente y con orden» suena bastante bien si la comparamos con el desastre que prevalecía en Corinto.

Una crítica frecuente contra los cristianos presbiterianos y reformados es que, aunque su mente es excelente, su corazón es deficiente. Somos los estoicos sin emociones, los monumentos invariables, los inmóviles escogidos de Dios. Tales insultos velados, sin embargo, no hubieran impresionado al apóstol Pablo porque él sabía que lo opuesto al orden en la iglesia no es la espontaneidad que fluye sin cesar, sino el caos egocéntrico. Dios jamás exalta la confusión por encima de la paz (ver 1 Co 14:33). Él nunca pone en competencia ni a la teología contra la doxología ni a la mente contra el corazón. David Garland lo dijo de esta forma tan memorable: «El Espíritu de ardor también es el Espíritu de orden».¹

Cuando Jason Helopoulos me pidió que escribiera un prólogo para esta serie, accedí con gusto, no solo porque Jason es uno de mis mejores amigos (o porque ambos seamos fanáticos de los desafortunados Chicago

Bears), sino porque estos tomos cuidadosos, balanceados y bien argumentados ocuparán un lugar de importancia en las estanterías de las iglesias presbiterianas y reformadas. Necesitamos libros breves y accesibles escritos por pastores concienzudos y experimentados, dirigidos a los miembros comunes, que traten los elementos fundamentales de la vida y el ministerio en la iglesia. Eso es lo que necesitamos, y eso es lo que esta serie ofrece: respuestas sabias a muchas de las preguntas más prácticas y urgentes de la Iglesia.

Esta serie de libros sobre la teología, la adoración y los sistemas de gobierno presbiterianos y reformados no es una exploración sobre 1 Corintios 14:40 en múltiples tomos, pero me agrada que esté audazmente escrita con este mandamiento de Pablo en mente. La realidad es que todas las iglesias adoran de alguna manera, oran de alguna manera, son dirigidas de alguna manera, están estructuradas de alguna manera y cumplen con el bautismo y con la Cena del Señor de alguna manera. Toda iglesia pone por obra algún tipo de teología, incluso si esa teología se basa en el pragmatismo en lugar de principios bíblicos. ¿Por qué no querríamos que la vida que compartimos en la iglesia esté moldeada por las mejores reflexiones exegéticas, teológicas e históricas? ¿Por qué no querríamos ser considerados en lugar de desconsiderados? ¿Por qué no querríamos que todas las facetas de la vida que vivimos en comunidad se hagan decentemente y con orden? Ese no es el estilo de vida presbiteriano ni reformado. Es

el estilo de vida de Dios, y los creyentes presbiterianos y reformados harían bien en recordarlo.

Kevin DeYoung
Pastor principal, Christ Covenant Church
Matthews, Carolina del Norte

Introducción

¿QUÉ LE DIRÍAS A ESTEBAN Y A RAQUEL?

Esteban y su esposa Raquel han estado visitando tu iglesia por cerca de seis meses. Los has conocido un poco y, como parte del «comité de bienvenida» de tu iglesia, los has visitado en su hogar y les has dado la bienvenida a tu comunidad. Les has preguntado sobre la historia de su vida y qué fue lo que los trajo a la congregación.

«Bueno, la verdad es que hemos andado a la deriva por un tiempo», responde Esteban. «Mi esposa y yo crecimos en pequeñas congregaciones bautistas rurales, y así fue como conocimos al Señor. Ellos nos amaban mucho y nos discipularon fielmente. Después de la universidad, empezamos a asistir a una iglesia bíblica local con unos amigos, y la acogida que recibimos y los mensajes prácticos que escuchábamos desde el púlpito realmente hicieron una gran diferencia en nuestra vida».

«Pero entonces, nuestra hija que ya estaba terminando la universidad en ese momento, fue atropellada

por un conductor ebrio una noche», dijo Raquel. «Nuestras vidas cambiaron para siempre. La sepultamos hace dos años y fue entonces cuando comenzamos a buscar algo diferente en la iglesia. Supongo que los mensajes cortos y animadores que eran una buena parte de la adoración dominical en nuestra iglesia nos empezaron a sonar vacíos. Tanto la música alegre como las enseñanzas que superficiales respecto a la Biblia y las duras realidades que experimentábamos en esa etapa de nuestras vidas, nos dejaban insatisfechos. Necesitábamos algo más».

Esteban continúa narrando su historia. «Buscamos otras opciones. Incluso, decidimos quedarnos en casa y escuchar a diferentes predicadores en línea. Pero en realidad, nada de eso funcionó. Y luego, hace cerca de seis meses, un domingo una amiga nos invitó a visitar esta iglesia. Francamente, estábamos muy reacios. Mira, hemos recorrido muchos lugares y visto toda clase de cosas. Hemos participado en la alta liturgia. También hemos experimentado el anonimato de una mega iglesia. Hemos visitado iglesias fundamentalistas donde los predicadores gritan a todo pulmón acerca de la fornicación durante cuarenta y cinco minutos. Y la verdad es que estábamos cansados de todo eso y casi listos para abandonar la Iglesia para siempre. Pero... amamos a nuestra amiga, y como ella estaba tan deseosa de que le diéramos una oportunidad a su iglesia, decidimos complacerla. Nunca habíamos asistido a una iglesia reformada. De hecho, ni siquiera estoy seguro de lo que significa una

iglesia reformada. Espero que no te ofendas si te digo que a veces todavía la siento bastante rara».

«Sin embargo, hemos estado asistiendo cada semana desde que llegamos por la primera vez», dijo Raquel. «No estoy segura de entender completamente por qué, pero el acercamiento a estudiar la Biblia que hemos encontrado aquí está empezando a llenar el gran vacío que había en nuestra vida. Habiendo dicho esto, tenemos algunas preguntas y dudas. Quiero decir que es grandioso que el pastor trate de explicarnos libros completos de la Biblia porción por porción cada semana de esa manera. Me encanta, no me interpretes mal, pero ¿no falta alguna enseñanza práctica? Y ahora que lo pienso, sería bueno tener un culto de alabanza de vez en cuando, eso podría animar las cosas un poco más. Lo que quiero decir es que me encanta el minucioso estudio de la Biblia y todo ello, pero es demasiado intenso. Tal vez deberíamos tener un domingo de cantos y oraciones de vez en cuando».

Esteban se ve pensativo. «Una de las cosas que son realmente asombrosas en nuestro culto aquí es que la predicación es tan importante. Todo se construye alrededor de ella. El pastor siempre está hablando de la "importancia de la predicación". Y claro que a mí me gusta la predicación. Pero ¿qué pasa con la comunión? Realmente no estoy totalmente de acuerdo con la importancia que le daban a la liturgia que observamos en las iglesias anglicanas y luteranas que visitamos. Pero debo admitir que su énfasis en la "Eucaristía", como ellos la

llaman, es verdaderamente conmovedor. Había un respetuoso ambiente de misterio acerca de todo ello, ¿sabes? En algún lugar leí que la juventud está buscando algo más en estos días. Así que tal vez debamos disminuir un poco la predicación. No demasiado, entiendo, pero lo suficiente como para hacer un poco de lugar a otros rituales en nuestros servicios».

Raquel interviene de nuevo. «Otra cosa que no entiendo es por qué insistimos en que haya un monólogo cada semana. Lo que quiero decir es que el pastor es un gran comunicador, pero creo que un poco más de diálogo sería más conveniente. Tal vez soy la única, pero debo decirte honestamente que después de ver Netflix ininterrumpidamente hasta la 1:30 a.m. la noche anterior, ¡me cuesta mucho trabajo mantenerme atenta a una exposición de Levítico que dura treinta y cinco minutos! Tal vez el sermón podría dividirse en porciones más cortas y añadir entre ellas algún video o drama —solo para ayudarnos a permanecer atentos».

«Bueno, esas son algunas ideas resultantes de nuestra experiencia aquí. Me encantaría escuchar tu opinión».

¿Qué le dirías a Esteban y a Raquel? Es evidente que se han visto atraídos a la forma de predicación de la Palabra que han descubierto en la iglesia. Con seguridad, vas a querer animarlos a seguir asistiendo y les darás algunas herramientas para ayudarles a obtener lo mejor de todo ello. Pero, aun así, todavía se sienten confusos acerca de lo que es la predicación y el lugar que ocupa en la vida del

cristiano y en la adoración de la iglesia. Ellos están conscientes de que el «algo más» que han estado buscando es la exposición de las Escrituras. Pero todavía existe una brecha entre lo que ellos reconocen instintivamente que *necesitan* y lo que sus años pasados asistiendo a toda clase de iglesias evangélicas les han convencido de que quieren.

Es posible que sus dudas sean el reflejo de las tuyas. Quizá te apresurarías a decirles a Esteban y a Raquel que para ti ha sido una gran bendición pertenecer a una iglesia reformada. Pero, de todos modos, tendrías que admitir que mientras te has ido acostumbrando a la forma en que se hacen las cosas, muy pocas veces te has preguntado *por qué* se hacen de esa manera. Ante estas serias preguntas provenientes de una nueva familia de la congregación, te resultará difícil saber cuál es la mejor manera de responderlas.

Este libro pretende ser un breve (¡muy breve!) tratado elemental de respuestas para ti y para Esteban y Raquel. Está diseñado para establecer los fundamentos básicos y teológicos de la predicación expositiva de la iglesia reformada, para destacar algunos ejemplos históricos, y para responder preguntas, temores y objeciones que a menudo tienen las personas acerca de la predicación. He preparado este libro con la convicción de que mientras es necesario preparar a los pastores para predicar la Palabra con fidelidad y urgencia, también necesitamos preparar a aquellos que escuchan la Palabra para que saquen provecho de ella. Existen incontables volúmenes muy útiles

para enseñar a predicar a los predicadores. Pero hay muy pocos acerca de la predicación para aquellos que los escuchan. Este libro es un intento de empezar a llenar ese vacío.

La pregunta principal que trato de responder es esta: En esta época digital y apresurada de la información, ¿por qué debemos centrar nuestras vidas cristianas en la lectura y exposición de la Biblia cada semana?

1

¿QUÉ ES LA BIBLIA?

Antes de que nos adentremos en el *por qué* y el *cómo* de la predicación, necesitamos primero considerar el *qué* de la predicación. Comienzo por afirmar que el texto completo del Antiguo y el Nuevo Testamento nos provee la *materia*, el *material* básico de la predicación fiel. Pero lo importante al hacer esta afirmación es una serie de convicciones sobre la naturaleza de la Biblia en sí misma. Es decir, nuestra profunda convicción en la predicación expositiva descansa en una convicción todavía más profunda en el carácter de las Sagradas Escrituras. Nuestro método está diseñado para honrar el texto debido a la naturaleza del texto mismo.

¿Qué clase de libro es la Biblia?

Si la Biblia solo fuera un registro de la mejor sabiduría de su tiempo, escrita por un grupo diverso de diferentes autores antiguos y contradictorios, podríamos considerarla fascinante en verdad. Incluso, podríamos descubrir

que tiene ricos manantiales de sabiduría antigua que podemos aplicar a nuestra vida moderna. Pero cuando se trata del papel que ese libro debería tener en la adoración de la iglesia o en la vida del cristiano, no existiría una razón de peso para que ejerciera más influencia que cualquier otro. Incluso, podríamos decir que ese libro, lejos de ofrecernos sabiduría fresca para los problemas modernos, es muy anticuado, o simplemente ofensivo a las sensibilidades modernas en el peor de los casos. Quizá lo más sabio que podríamos hacer con él sería escoger los pasajes más «inspiradores», que fueran aceptables a los oídos modernos y relegar el resto al basurero de la historia, a menos que la Biblia pueda demostrar que no es el mayor impedimento para el éxito de la iglesia para alcanzar a una nueva generación. Tenemos que admitir que, si nos basamos en la presuposición de que la Biblia no es nada más que un antiguo texto religioso, lo anterior sería una conclusión perfectamente razonable.

Pero no es así como la Biblia se describe a sí misma. Lo que sí es seguro es que los sesenta y seis libros que forman el canon de la Escrituras, escritos en un lapso de cerca de mil seiscientos años por un número desconocido de autores humanos, están repletos de una diversidad cultural, histórica y de estilos. Cuando la Biblia se refiere a sí misma, no llama nuestra atención principalmente a la humanidad de los autores. Se acepta que esto es obvio e incuestionable (*por supuesto* que la Biblia fue escrita por un conjunto de diferentes personas, de

diversos antecedentes y personalidades, ¡y con diferentes propósitos!). Más bien, cuando la Biblia se refiere a sí misma, insiste en que aparte de ser el producto de la cultura humana, también es al mismo tiempo, la misma Palabra de Dios.

En 2 Timoteo 3:16 Pablo dice: «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia». La palabra que aquí se traduce como *Escritura* significa algo parecido a «escritos sagrados», y en todas las cincuenta y un veces en que aparece en el Nuevo Testamento, se refiere al Antiguo Testamento. Sin embargo, es interesante que en dos ocasiones la palabra *Escritura* se refiere al Nuevo Testamento *junto* con el Antiguo, indicando que ambos comparten el mismo carácter y autoridad.

En 2 Pedro 3:16 se dice que «los ignorantes e inestables tuercen» y distorsionan las cartas de Pablo «como también tuercen *el resto de las Escrituras*». Aquí Pedro pone los escritos de Pablo a la par del Antiguo Testamento, como pertenecientes a la categoría de «Escrituras». De manera similar, en 1 Timoteo 5:18, Pablo cita Deuteronomio 25:4 al lado de las Palabras de Jesús de Lucas 10:7, y llama a los dos pasajes «Escrituras». Es evidente que Pablo consideraba las Palabras de Jesús registradas por el evangelio de Lucas como compartiendo el mismo carácter de las palabras de Moisés en la Torá (lo cual es una aseveración extraordinaria proveniente de un judío erudito de la tradición rabínica como lo era Pablo).

La Torá fue dada a Israel a través de Moisés directamente de parte de Dios. Nada tenía más autoridad que ella para el pueblo de Israel. Y Pablo coloca las Palabras de Jesús a la par de ella sin ninguna duda.

A estos dos pasajes le podemos añadir muchos más que demuestran que el Nuevo Testamento sabe que no es un texto meramente humano. Como ejemplo, considera 1 Corintios 14:37. Ahí Pablo muestra su seguridad de que su enseñanza conlleva la autoridad divina: «Si alguien piensa que es profeta o espiritual, reconozca que lo que les escribo es mandamiento del Señor». El Señor mismo está dirigiéndose a los corintios a través de los escritos de Pablo.

Así que cuando 2 Timoteo 3:16 dice que «Toda Escritura es inspirada por Dios», con toda seguridad podemos aplicar esto a los escritos de los dos Testamentos. Tanto los treinta y nueve libros del Antiguo como los veintisiete del Nuevo, son «inspirados por Dios», lo cual significa que las Palabras de la Biblia son Palabras habladas por Dios. Las Palabras bíblicas son Palabras divinas. La Biblia es la Palabra de Dios. 2 Pedro 1:20-21 nos proporciona algún sentido de *cómo* la misma Biblia entiende que esto es así: «Pero ante todo sepan esto, que ninguna profecía de la Escritura es asunto de interpretación personal, pues ninguna profecía fue dada jamás por un acto de voluntad humana, sino que hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios». ¿«Cómo fue la Biblia inspirada por Dios»? Los autores fueron «inspirados por el Espíritu Santo». «Casi podríamos decir que fueron

conducidos por el Espíritu», apunta Donald MacLeod: «Ahora bien, cuando somos conducidos, no somos guiados ni inducidos. Aquí existe un grado de pasividad: un énfasis en la influencia controladora del agente que realiza la conducción. En la producción de las Escrituras, Dios dirigió y supervisó todo el proceso, de tal modo que a medida que los agentes humanos pensaban, hablaban y escribían y a medida que ellos usaban sus recursos, Él lo estaba controlando todo, llevándolos a su ubicación escogida y asegurándose de que ellos expresaran exactamente lo que Él quería que hablaran».¹

Hay, en otras palabras, una maravillosa compatibilidad aquí. La elección de los autores humanos y la supervisión divina de cada una de sus elecciones se combinan maravillosamente, aunque de forma misteriosa. Las palabras y frases, géneros y estilos, fuentes e influencias que comprenden la rica variedad y textura de la Biblia todos fueron libremente elegidos por sus autores. Dios no los redujo a meros autómatas, meros copistas a quienes Él les dictó cada una de las palabras. Más bien, Él controló todas las circunstancias que intervinieron en la formación de sus personalidades y dones. Él gobernó las preocupaciones y motivaciones que los movieron a escribir. Y trabajó sutilmente para supervisar y dirigir la escritura de cada palabra de cada uno de los libros de las Sagradas Escrituras. En ningún momento ejerció presión sobre la voluntad de los autores bíblicos. Y en ningún punto los autores bíblicos fallaron al escribir solo y exactamente lo que Dios quiso que cada

uno de ellos escribiera. De esta manera, esas mismas palabras humanas son simultánea y exactamente las Palabras precisas que Dios desea que nosotros sepamos, y son los medios por los que Él se revela a sí mismo y su voluntad a nosotros.

El hecho de que toda la Biblia es la Palabra de Dios tiene un gran número de implicaciones importantes.

Inerrancia

La primera es que, puesto que la Biblia es la Palabra de Dios, se sobreentiende que se puede confiar en ella totalmente. Debido a que *Dios* no puede mentir (vea 2 S 7:28; Tit 1:2; He 6:18), entonces, la *Palabra* de Dios no puede mentir. No tiene errores y es confiable en todo lo que enseña. El salmista celebraba ese hecho con una gozosa convicción —y así es como debe ser.

La ley del SEÑOR es perfecta, que restaura el alma;
El testimonio del SEÑOR es seguro, que hace sabio
al sencillo.

Los preceptos del SEÑOR son rectos, que alegran
el corazón;

El mandamiento del SEÑOR es puro, que alumbra
los ojos.

El temor del SEÑOR es limpio, que permanece
para siempre;

Los juicios del SEÑOR son verdaderos, todos ellos jus-
tos (Sal 19:7-9).

Autoridad

La segunda es que, puesto que la Biblia es la confiable Palabra de Dios, conlleva la autoridad de Dios mismo. Hay un incidente muy interesante en el evangelio de Juan en el que Jesús fue acusado de blasfemia. Su respuesta revela su convicción de la autoridad de la Biblia.

Los judíos le contestaron: «No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por blasfemia; y porque Tú, siendo hombre, te haces Dios». Jesús les respondió: «¿No está escrito en su ley: "Yo dije: son dioses"? Si a aquellos, a quienes vino la palabra de Dios, los llamó dioses, (y la Escritura no se puede violar), ¿a quién el Padre santificó y envió al mundo, ustedes dicen: "Blasfemas", porque dije: "Yo soy el Hijo de Dios"?» (Jn 10:33-36).

Observa *la forma* como responde Jesús. Él apela a la Palabra de Dios como se encuentra en la Escritura, la cual «no se puede violar». La Biblia no puede quebrada. Tiene la fuerza de la ley absoluta. Lo que dice la Biblia termina con las discusiones. Lo único que Jesús debía hacer era señalar a lo que «está escrito».

Siguiendo esta clase de respuesta, Jesús oró al Padre a favor nuestro en Juan 17:17 diciendo: «Santifícalos en la verdad; Tu palabra es verdad». Él no dijo solamente «Tu palabra es verdadera». Él dijo que la Palabra de Dios «es *verdad*». La verdad absoluta, la verdad de Dios, la verdad

según la cual toda otra verdad debe ser conformada, y por medio de la cual debe ser juzgada, nos ha sido revelada completamente en las Escrituras. La Biblia es la *norma normans non normata*. Es la norma que norma todas las otras normas, pero que no es normada por ninguna de ellas. Dicho de una manera un poco diferente, la Biblia es el principio regulador, el instructivo del dueño, la ley real del gran Rey de reyes. Estamos sujetos a los límites y reglas de la Palabra de Dios; la Palabra de Dios no está sujeta a nuestros juicios y preferencias personales.

Tanto la experiencia cristiana como los prejuicios personales, la tradición histórica, las convicciones profundamente arraigadas —todas ellas, deben someterse ante el juicio de Dios expresado en Su Palabra. Las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos son la única regla infalible de fe y práctica. Como dice la Confesión de Westminster: «El Espíritu Santo, que habla en la Escritura, y de cuya sentencia debemos depender, es el único Juez Supremo por quien deben decidirse todas las controversias religiosas, y por quien deben examinarse todos los decretos de los concilios, las opiniones de los antiguos escritores, las doctrinas humanas y las opiniones individuales».²

Suficiencia

Tercera, puesto que la Biblia es la Palabra de Dios, es suficiente para nosotros. Aquí es pertinente recordar la advertencia de Proverbios 30:5-6:

Probada es toda palabra de Dios;
Él es escudo para los que en Él se refugian.
No añadas a Sus palabras,
No sea que Él te reprenda y seas hallado mentiroso.

Dios nos ha entregado Su Palabra autoritativa y confiable. No necesitamos nada más, ni tampoco podemos añadirle nada de ninguna manera. Lo que Él ha dicho es suficiente.

En Isaías 8, el pueblo de Judá es reprendido por buscar nuevas revelaciones. Ellos estaban consultando diferentes médiums. Pero Dios, a través de Su profeta, les llamó a regresar a la Biblia: «¡A la ley y al testimonio! Si ellos no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay para ellos amanecer» (v. 20). Si menospreciamos la Biblia en favor de otras revelaciones, o incluso por descubrimientos de la razón humana, es una prueba de que «no vemos el amanecer» —es decir, que posiblemente todavía vivimos en oscuridad espiritual.

Como hemos visto, Pablo estaba profundamente convencido de que la Biblia es suficiente para todas nuestras necesidades espirituales: «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra» (2 Ti 3:16-17). No existe ningún ministerio para el que nos haya llamado Dios para la Biblia no sea el recurso más adecuado.

Claridad

La cuarta es que debemos de insistir en que, puesto que la Biblia es la Palabra de Dios para nosotros, se distingue por su claridad esencial. Salmo 119:105 dice que la Palabra de Dios es «lámpara es a mis pies (...) y luz para mi camino». Las Escrituras son suficientemente claras para darnos dirección e iluminación en todos los asuntos relacionados de nuestras creencias y ética. Deuteronomio 29:29 declara lo siguiente: «Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios, pero las cosas reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre, a fin de que guardemos todas las palabras de esta ley». Existen misterios que permanecen escondidos a nosotros. Pero no nos deben preocupar. Lo que sí debe interesarnos son las cosas que Dios nos ha revelado, «a fin de que guardemos todas las palabras de esta ley».

Cuando hablamos de la claridad de las Escrituras, no estamos sugiriendo que todas sus partes son igualmente fáciles de entender o que todos los pasajes son igualmente significativos para moldear nuestra teología o igualmente relevantes para dirigir nuestro estilo de vida. En 2 Pedro 3:16, siguiendo el dicho de Pedro donde llama a los escritos de Pablo como «Escrituras», él también admite que algunos de los escritos de Pablo son «difíciles de entender». ¿No es gratificante (e irónico al mismo tiempo, dado que también algunos de sus pasajes son desafiantes) que incluso el apóstol Pedro consideraba que a veces Pablo

era difícil de entender? No toda la Biblia es igualmente clara. No queremos decir que Deuteronomio sea un libro fácil de entender para los adolescentes occidentales y para que lo apliquen a sus vidas de la escuela secundaria o que Apocalipsis ofrezca consejos directos a las madres jóvenes acerca de cómo criar a sus hijos actualmente (aunque no cabe duda de que ambos libros tienen lecciones importantes para ambos grupos). Pero aunque hay porciones desafiantes en la Biblia, debemos insistir en que todo lo que Dios quiere que sepamos acerca de Él, del pecado y la salvación, acerca de nosotros y nuestro mundo y sobre cómo vivir para Su gloria, está intencionalmente expresado en declaraciones claras o que pueden deducirse como conclusiones indispensables de las enseñanzas claras de la Biblia, de tal manera que nadie que lea las Escrituras honestamente, puede alegar que Dios no ha hecho evidente Su voluntad para nosotros.

Cristocéntrica

Finalmente, el hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios significa que tiene un mensaje único y unificado. San Agustín dijo que «el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo y el Antiguo Testamento está revelado en el Nuevo».³ El Nuevo Testamento habla acerca de Cristo como el único en quien se cumple el Antiguo Testamento y a quien constantemente éste hace referencia. En Juan 5:39, Jesús reprendió a Sus opositores judíos

por examinar las Escrituras, es decir, el Antiguo Testamento, sin entender, «porque piensan tener en ellas la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio de Mí!»». El Antiguo Testamento da testimonio de Jesucristo.

En el camino a Emaús que se relata en Lucas 24, el Cristo resucitado caminó al lado de dos discípulos que no habían entendido que Jesús tenía que sufrir y resucitar: «Entonces Jesús les dijo: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrara en Su gloria?”» (vv. 25-26). Y luego: «Comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras» (v. 27). Todas las Escrituras hablan de Él.

De igual modo, cuando los discípulos estaban reunidos en el aposento alto, Cristo se les apareció y les explicó diciendo: «Esto es lo que Yo les decía cuando todavía estaba con ustedes: que era necesario que se cumpliera todo lo que sobre Mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos» (Lc 24:44). En este pasaje se enumeran las tres divisiones de la Biblia hebrea, donde todas hablan de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Así que el Señor enseñó que la Biblia es un libro que trata acerca de Él. En las promesas proféticas de un futuro Mesías, en la tipología del templo, del sacerdocio y los sacrificios, en la estructura unificada del desarrollo de los pactos, toda la Biblia está unida por un único hilo histórico, en el centro del cual se encuentra la persona y

obra de Jesucristo. La Biblia *debe* ser Cristocéntrica, porque como es la Palabra de Dios, nos dirige hacia el único camino de salvación para los pecadores. Ese camino fue provisto en Jesús, a quien no podemos acceder fuera de las Escrituras.

En resumen, puesto que la Biblia es la Palabra de Dios, debe ser *inerrante, autoritativa, suficiente, clara y Cristocéntrica*. Esto significa que esta colección de libros antiguos es mucho más que una colección histórica fascinante, o el registro de un pueblo antiguo y sus diversas experiencias religiosas. Es la Palabra viva para esta y todas las generaciones. Es, como dijo John Knox en el prefacio a la Confesión escocesa de 1560, «la boca de Dios».⁴

La importancia de la predicación en la Biblia

Pero si todo esto es verdad, ¿no es indispensable que la lectura y predicación de la Biblia ocupen el primer lugar en nuestras iglesias y vida cristiana? Por cierto, se hace evidente en la Biblia misma que ese es su propósito, como lo demostrará cualquier estudio breve que se haga de la historia bíblica.

En el Antiguo Testamento, la predicación y la enseñanza eran primordiales para la buena salud de Israel. El sacerdote Aarón debía enseñar los estatutos divinos al pueblo (vea Lv 10:11). Moisés oraba a Dios para que la tribu de Leví enseñara «Tus ordenanzas a Jacob Y Tu ley a Israel» (Dt 33:10). Cuando el Espíritu de Dios vino

sobre Azarías, el hijo de Obed le dijo al rey Asa que era necesario hacer una reforma en Judá porque «Por muchos días Israel estuvo sin el Dios verdadero y sin sacerdote que enseñara, y sin ley» (2 Cr 15:3). Cuando Esdras el sacerdote regresó a Jerusalén después del exilio, se nos dice que «porque Esdras había dedicado su corazón a estudiar la ley del SEÑOR, y a practicarla, y a enseñar Sus estatutos y ordenanzas en Israel» (Esd 7:10). Y en Nehe-mías 8, encontramos a Esdras haciendo exactamente eso. Él leyó el libro de la ley al pueblo desde un «estrado de madera» y, junto con los levitas, explicó y aplicó su mensaje. Ellos «explicaban la ley al pueblo mientras el pueblo permanecía en su lugar. Y leyeron en el libro de la ley de Dios, interpretándolo y dándole el sentido para que entendieran la lectura» (Neh 8:4, 7-8). Los grandes profetas escritores (por ejemplo, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Amós) no solo transmitieron los oráculos inspirados de Dios al pueblo, sino que también eran predicadores del mismo mensaje, proclamándolo y aplicándolo con gran fuerza y urgencia (vea Ez 20:46; 21:2; Am 7:16).

Es importante destacar que el amanecer del nuevo pacto fue precedido por un gran avivamiento de la predicación. El dramático ministerio de Juan el Bautista fue principalmente un ministerio de predicación (vea Mt 3:1; Mr 1:7). De igual manera, aunque acompañado de señales milagrosas que testificaban de Su autoridad e identidad divina, Jesús entendió que Su propio ministerio era principalmente un ministerio de predicación.

En Marcos 1 Él les dijo a Sus discípulos: «Vamos a otro lugar, a los pueblos vecinos, para que Yo predique también allí, porque para eso he venido» (v. 38). Y Marcos añade: «Y fue por toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando demonios» (v. 39; vea también Lc 4:43). Todos los días de reposo, Jesús acostumbraba a enseñar en las sinagogas (vea, por ejemplo, Mt 4:23; 9:35; 13:54; Mr 6:2). Cuando Él eligió a los doce apóstoles, los envió a predicar (vea Mr 3:14), y cuando terminó de instruirlos en su misión, Él continuó enseñando y predicando en las aldeas cercanas (vea Mt 11:1).

En Lucas 4:16-21, se nos muestra un hermoso ejemplo del ministerio de predicación de Jesús. En la sinagoga de Nazaret Él leyó lo siguiente del rollo de Isaías 61:1-2:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
Porque me ha ungido para anunciar el evangelio a
los pobres;
Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos,
Y la recuperación vista a los ciegos;
Para poner en libertad a los oprimidos;
Para proclamar el año favorable del Señor» (Lc 4:18-19).

Después se sentó en la postura tradicional de un maestro de la sinagoga de aquellos días «Y comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que han oído» (Lc 4:21). Se sobreentiende que eso no fue todo lo que dijo Jesús, porque el pasaje dice que Él «comenzó a

decirles...». Esto parece indicar que este es solo un resumen adecuado de Su asombroso mensaje. Es evidente que Él consideró que este pasaje era la descripción de la naturaleza de la misión confiada a Él; Él vino a proclamar las buenas nuevas. Se le dio el Espíritu del Señor que le dio el poder de predicar. Enrollando el pergamino, Jesús anunció que la profecía mesiánica que acababa de leer se había cumplido en Él delante de sus ojos. Dicho en otras palabras, Jesús predicó un sermón expositivo Cristocéntrico en el cual *Él mismo* ¡era la exposición viviente del pasaje!

Es más, la gran comisión de Mateo 28:18-20 ordena que la Iglesia vaya al mundo a hacer discípulos, *enseñándoles* a todos lo que Jesús ha mandado. Enseñar la Palabra de Dios es la forma en que debemos hacer discípulos. Esta debe ser nuestra gran ocupación, en obediencia al mandato de nuestro Salvador. Por eso es por lo que, en obediencia a este mandato, los apóstoles hicieron de la predicación su prioridad constante como lo muestra el libro de Hechos, y al observar sus sermones saturados de las Escrituras, vemos que todas ellos hablaban de Cristo. El apóstol Pablo expresó el sentido de las prioridades de su propio ministerio cuando declaró: «Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio, no con palabras elocuentes, para que no se haga vana la cruz de Cristo» (1 Co 1:17). De la misma manera, le dijo al joven Timoteo: «Predica la palabra. Insiste a tiempo y fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción» (2 Ti 4:2).

Creo que esta consideración necesariamente breve e incompleta de la predicación en la Biblia es seguramente suficiente para demostrar que, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la exposición de las Escrituras no era algo superficial para el bienestar del pueblo de Dios. Debido a que la Biblia es lo que es, la lectura y predicación de las Escrituras ocuparon un lugar central en el ministerio de los sacerdotes levíticos, en los ministerios de los profetas, en la obra de Juan el bautista, en el ministerio terrenal de nuestro Señor Jesús, en las órdenes dadas a los apóstoles y en las prioridades de Pablo y Timoteo. La predicación, al menos en los tiempos bíblicos, tenía un papel central, lo cual significa por supuesto que debe seguir siendo muy importante el día de hoy. Y cuando lo es, no debe sorprendernos que se manifieste el mismo poder que caracterizó a la Iglesia del Nuevo Testamento.

Poco tiempo después de que el predicador Martyn Lloyd-Jones, famoso por su entrega a la predicación expositiva, empezara su ministerio en Aberavon en Gales, un reportero llamado Sam Jones fue a escucharlo predicar. Después dijo: «Yo vine porque tenía una gran curiosidad». Sin embargo, esa simple curiosidad cambió muy pronto. En medio de la congregación, atrapado por la Palabra predicada, él escribió: «El Dr. Lloyd-Jones tiene algo que decir... son las palabras de alguien que se ha visto obligado a hablar con un poder más grande que algo humano».⁵ El biógrafo de Lloyd-Jones, Iain Murray, llegó a esta conclusión: «Parece que Sam Jones fue uno

de los primeros en reconocer en forma impresa que lo que es más inusual en el joven predicador no es su cambio de carrera [Lloyd-Jones había abandonado su lucrativa carrera en la medicina para dedicarse a predicar el evangelio] sino su propio mensaje y la manera en que lo transmite». ⁶ Lloyd-Jones hizo a un lado todos los artilugios y muy pronto, a través de los medios ordinarios de una predicación fiel, Dios produjo un avivamiento asombroso y gran crecimiento a su pequeña iglesia. Su dedicación a la predicación por sobre todas las cosas, provocó una agitación en aquel tiempo. Pero ¿por qué fue así? Después de todo, ese es el patrón del Nuevo Testamento y produjo un gran fruto.

Leyendo la Biblia con la iglesia

Siguiendo con el patrón que establece el Nuevo Testamento, cada generación debe comprometerse con el texto de las Escrituras de manera fresca; la predicación fiel debe traer las enseñanzas de la Biblia para que se apliquen a las preocupaciones y desafíos que nos caracterizan estos días. Pero esto no significa que cada nueva generación debería tratar de leer la Biblia en un vacío. Una de las grandes consignas de la Reforma es *sola Scriptura* —únicamente la Biblia. Es un llamado a dejar que la Palabra de Dios gobierne la vida y enseñanza de la iglesia. Sin embargo, no era una sugerencia para leer la Biblia—o predicar la Biblia—en forma individualista, en aislamiento de la historia de la Iglesia. Durante dos mil

años, la Iglesia ha estado escudriñando las Escrituras y ha provisto un valioso recurso de interpretación y reflexión teológica. No es sabio desechar esto.

La Biblia es un libro enorme. Y, como vimos en 2 Pedro 3:16, aun durante la vida de los autores apostólicos, su significado era a menudo distorsionado e interpretado mal por los falsos maestros. Es evidente que Pablo entendía este problema, cuando insta a su joven discípulo Timoteo diciendo: «Retén la norma de las sanas palabras que has oído de mí, en la fe y el amor en Cristo Jesús» (2 Ti 1:13). A través de su predicación y entrenamiento personal, Pablo enseñó a Timoteo el cuerpo de doctrina en la cual ellos creían, un patrón de palabras verídicas que expresaban la enseñanza de las Escrituras. Estaba diseñado para asegurar que cuando Timoteo predicara tomando una porción de la Escritura, lo hiciera de tal manera que fuera consistente con la enseñanza del resto de las Escrituras, y de esa manera, el evangelio mismo no sufriría distorsión. La historia de la interpretación bíblica en general, junto con los grandes credos de la iglesia primitiva y las confesiones del magisterio de la Reforma en particular, siguen proveyendo ese patrón de sana doctrina hasta el día de hoy para nosotros. Cuando escuchamos la enseñanza de las Escrituras en nuestras iglesias, debemos analizar lo que se dice, y si después de dos mil años de estudiarla nadie ha enseñado lo que el predicador piensa que recién ha descubierto en el texto de la Palabra de Dios, lo más seguro es que él esté equivocado.

El principio de *sola Scriptura* (únicamente la Biblia) no se refiere a *nuda Scriptura* (la Biblia sola; es decir, la Biblia sin tomar en cuenta la historia de la interpretación). Vivimos en un tiempo en que la autonomía radical y el individualismo a menudo se confunden con la libertad. Ser libre, para muchas personas, significa hacer las cosas «a su manera». Pero hacer las cosas a nuestra manera no refleja el impulso hacia la humildad y a ser enseñados que solo la Biblia produce en los corazones de todos los que aman a Dios y Su Palabra. Es evidente que parte de lo que significa «honra a tu padre y a tu madre» (Éx 20:12) es reverenciar la sabiduría de nuestros padres en la fe y procurar leer la Biblia y enseñarla *con la iglesia* y no con la propia idiosincrasia.

Hasta cierto punto importante, la superioridad de la tradición reformada es su profunda sensibilidad histórica. Siempre se ha preocupado por restaurar los principios cristianos, la piedad y la práctica a la forma más sencilla del patrón establecido por la Iglesia primitiva. Por ejemplo, durante la Reforma, Calvino trabajó para reformar la adoración en Ginebra, en cuidadosa obediencia a las Escrituras. No obstante, se dice que él nombró su liturgia reformada escrituralmente como: *La forma de las oraciones e himnos con la manera de administrar los sacramentos y de consagrar el matrimonio de acuerdo con la costumbre de la Iglesia primitiva.*⁷ Calvino estaba decidido a que la adoración solamente fuera regulada por la autoridad de la Palabra de Dios. *Sola Scriptura* era su principio rector.

Pero eso no significaba que la adoración o la predicación, o la forma de vida cristiana personal deberían hacer a un lado el rico legado de enseñanzas obtenidas a través de las edades que nos ha transmitido la Iglesia.

Es más, no solo debemos escuchar a la historia de la interpretación bíblica, sino a la hermandad viviente de la iglesia actual. Como ha dicho Sinclair Ferguson, *sola Scriptura*: «no significa que Dios nos abandona a nuestra suerte. Descubrimos la maravilla de Su verdad no como ermitaños aislados, sino ¡"con todos los santos"!». ⁸ Por eso la predicación en la Iglesia reformada tiene un papel tan importante. Aunque el estudio personal es importante, no ocupa el primer lugar de nuestras prioridades. El estudio bíblico en grupos pequeños es bastante útil, pero no es el método principal para el discipulado y alimento espiritual. Más bien, en las iglesias reformadas, la predicación es el compromiso público y corporativo de todo el pueblo de Dios con la Palabra de Dios a través de los pastores y ancianos llamados por Dios para pastorear el rebaño. No deberíamos tratar a la Biblia como una colección desordenada de textos aislados —«palabras del Señor», sacadas de su contexto, que presentan consejos fragmentados y ánimo para nuestras necesidades individuales. Es necesario leer la Biblia en concierto con el pueblo de Dios —siendo disciplinados por su sabiduría, ayudados por sus percepciones, y afinados por nuestro entendimiento por aquellos que Dios ha ordenado para que nos enseñen.

La predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios

Pero ¿por qué? ¿Qué pasa cuando la Biblia se lee y se predica de esta manera? ¿Qué podemos esperar de la predicación bíblica? ¿Qué diferencia se espera que haga en mi vida y en la tuya? Romanos 10:13-17 es un pasaje importante que nos ayuda a responder a esas preguntas. En él, Pablo explica la necesidad de la predicación evangelística, y existe una progresión clara y lógica en su argumento. Primero, él cita Joel 2:32: «Y todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo» (Ro 10:13). Esto define el objetivo misionero de Pablo. Se trata de que más y más gente invoque el nombre del Señor para que sea salva. Pero la fe es el instrumento principal de la salvación, y por eso pregunta: «¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en quien no han creído?» (v. 14). Si van a invocarlo, deben tener fe. Ellos deben creer. Pero, por supuesto, la cuestión más apremiante es: «¿Qué puede hacer Dios para poner la fe en los corazones de los pecadores que están muertos en sus pecados? ¿Por qué medio vendrá la fe salvadora a morar en el corazón de los inconversos?».

La respuesta de Pablo tiene una enorme importancia para nuestra perspectiva de la predicación. Él pregunta: «¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?» (v. 14). La mayoría de las traducciones incluyen aquí la palabra *de* para aclarar lo que los traductores asumen que Pablo quiere decir: «¿Y cómo creerán en Aquel *de* quien no

han oído?» Pero una traducción más literal dice simplemente: «¿Cómo creerán a *aquel* que no han oído?».

Es cierto que al predicar es indudable que escuchamos *de* Cristo. Escuchamos *acerca* de Él. Es imposible esperar creer en un Jesús de quien no sabemos nada. Pero Pablo dijo mucho más que eso. No es simplemente que oímos *de* Él, de tal manera que podemos creer basados en los datos relevantes acerca de Él. El objetivo de la predicación no es simplemente comunicar la información importante acerca de Jesús. No, el énfasis de Pablo es que durante la predicación fiel *escuchemos al mismo Cristo*. El Cristo vivo, durante la exposición pública de la Palabra, nos habla directamente a nosotros.

Heinrich Bullinger, el reformador suizo contemporáneo de Juan Calvino resumió muy bien el punto de Pablo al declarar lo siguiente: «Cuando esta Palabra de Dios es predicada en la iglesia por predicadores legalmente llamados, creemos que se predica la misma Palabra de Dios, la cual es recibida por los fieles».⁹ Esto quiere decir que Dios mismo nos habla —en Cristo y por el Espíritu Santo— y nosotros escuchamos Su voz por medio de la fiel predicación. Es algo más que la simple comunicación de información importante. Su poder reside en algo más que el impacto retórico de los argumentos del predicador o en su atrayente personalidad. La predicación de la Palabra *es* la Palabra. Pablo felicitó a los tesalonicenses por haber captado este punto: «Por esto también nosotros sin cesar damos gracias a Dios de que cuando recibieron

la palabra de Dios que oyeron de nosotros, la aceptaron no como la palabra de hombres, sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, la cual también hace su obra en ustedes los que creen» (1 Ts 2:13). De manera similar, Pedro recordó a sus lectores de Asia Menor diciendo: «El que habla, hable conforme a las palabras de Dios» (1 P 4:11). Cuando predicamos fielmente la Palabra de Dios, Dios habla. La predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios.

Actualmente, muchos cristianos anhelan escuchar de Dios. Pero es triste que desean escucharlo hablar en toda clase de expresiones místicas —en nuevas revelaciones, en experiencias extáticas, en sueños, visiones y encuentros inexplicables— sin darse cuenta de que semana tras semana, cuando la Biblia se abre y se proclama, escuchamos la voz de Dios. No necesitamos andar buscando cosas extraordinarias y misteriosas. Aunque la predicación puede *parecer* ordinaria y normal, en ella, la voz que hizo que brillara la luz en las tinieblas en el amanecer de la creación, es la misma que hace brillar el conocimiento de la gloria de Dios en nuestros corazones mediante el rostro de Jesucristo (vea 2 Co 4:6). El Cristo que levantó a Lázaro de entre los muertos con Su Palabra y llamado (vea Jn 11:43), todavía nos habla a través de la predicación de la Palabra.

Preguntas para reflexionar

1. Según tu punto de vista, ¿cómo debería afectar a la predicación la autoridad, confiabilidad, suficiencia y Cristocentricidad de la Biblia?
2. ¿Qué significa leer la Biblia con la Iglesia a través de las edades? ¿Por qué esto es un importante escudo contra el error?
3. ¿Cómo cambiará la forma en que tu escuchas la predicación el saber que el sermón es la Palabra de Dios para ti, y que el sermón explica y aplica fielmente a ti lo que dice la Palabra de Dios?